nudosa encina, gruesa como una pared y dura como el acero, que se cerraba con dos pasadores y un cerrojo de cárcel; y riendo, con una risa muda y alegre, dábanla tentaciones de bailar sobre sus prisioneros.

Los alemanes no chistaban encerrados en aquella caja de piedra, sin más abertura que un pequeño tragaluz cruzado por dos fuertes barrotes de hierro.

Bertina despabiló la lumbre, acercó el puchero nuevamente y se puso á preparar otra sopa, murmurando:

– Padre vendrá fatigado esta noche.

Sentada esperó. Sólo interrumpían el silencio profundo los golpes de la péndola de un reloj de pared.

De cuando en cuando la joven levantaba los ojos para ver la hora, con una mirada impaciente que parecía decir:

—Va muy despacio.

Luego creyó que bajo sus pies resonaban algunas voces apagadas. Los prusianos iban dándose cuenta del engaño, y no tardó el sargento en acercarse á la trampilla, encaramado en la estrecha escalera de caracol, gritando:

—¡Que abran!

La joven se acercó y dijo, imitando la voz y la pronunciación del alemán:

—¿Qué se ofrece?

—¡Que abran!

—¡No quiero abrir!

—El hombre se irritó.

—¡Si no abren, rompo la puerta!

—Rómpala si puede; rómpala, rómpala.

Y el sargento comenzó á golpear con la culata del fusil, pero inútilmente, porque la encina vieja hubiese resistido á una catapulta.

La joven le oyó bajar. Subieron los soldados, uno después de otro, á inspeccionar el cierre, á probar todos. Pero juzgando sin duda sus tentativas inútiles, bajaban de nuevo, hablando violentamente.

La joven los oía; luego abrió la puerta de la casa y estuvo escuchando en el silencio de la noche.

Resonó un ladrido á lo lejos. Bertina silbó como los cazadores, y al fin aparecieron dos perrazos enormes, abalanzándose á ella para acariciarla. Ella los retuvo cogiéndolos por el cuello y gritó con toda su fuerza:

—¡Padre!

Una voz lejana respondió:

—¡Bertina!

La joven aguardó un momento. Luego insistió:

—¡Padre! ¡Padre!

La voz, ya más próxima, dijo:

—Aquí estoy, Bertina.

Y ella repuso:

—No pases por delante del tragaluz. Hay prusianos en la cueva.

Y de pronto, el gigantesco perfil del hombre se dibujó á la izquierda, entre dos troncos de árbol. Detúvose y preguntó con inquietud:

—¿Prusianos en la cueva? ¿Qué hacen allí?

La joven rió.

—Son los de ayer; se habían perdido en el bosque, y los tengo encerrados en la cueva.

Refirió su aventura; cómo los asustó con los disparos del revólver y cómo pudo convencerlos para que bajasen á la cueva.

El viejo guarda, siempre serio, preguntó:

—¿Y qué haremos ahora?

—Pues avisar al comandante Lavigne y á su gente. Los hará prisioneros. Un triunfo para el comandante.

—Sí; le gustará mucho tener prisioneros.

—Ahí está la sopa. Come de prisa, y ¡andando!

El viejo guarda comió, dando al mismo tiempo de comer á los perros.

Los prusianos, oyendo hablar, callaron.

A los quince minutos, Zancos volvía de nuevo á la ciudad, y Bertina, con la cabeza entre las manos, aguardaba.

***

Los prusianos mostrábanse cada vez más impacientes. Vociferaban, llamaban, golpeaban la trampilla, sin lograr moverla.

Luego disparaban los fusiles por el tragaluz, con la esperanza de que acudiese algún destacamento alemán.

La moza seguía inmóvil, aguardando; pero todo aquel ruido la enervaba, la irritaba. Despertábase la cólera en su corazón; hubiera querido asesinar á los miserables para que se callaran.

Cada vez más impaciente, miraba al reloj, contando los minutos.

Hacía hora y media que su padre salió. Ya estaba, sin duda, en casa del comandante Lavigne. Y ella le imaginaba refiriendo el suceso; el comandante palidecía emocionado; llamaba á la criada para que le diese el uniforme y las armas; los tambores recorrían las calles; asomaban á los balcones rostros despavoridos; los milicianos abandonaban sus hogares á medio vestir, presurosos, abrochándose el cinturón, corriendo hacia la casa del comandante.

Luego, la tropa, con Zancos á la cabeza, se ponía en marcha, entre la obscuridad nocturna, sobre la nieve, hacia el bosque.

Bertina miraba el reloj, pensando: «Pueden llegar antes de una hora.»

Dominábala una impaciencia nerviosa. Los minutos la parecían interminables. ¡Qué tardanza!

Y al fin, transcurrido el tiempo que suponía suficiente para que llegara, abrió la puerta y escuchó. Una sombra se acercaba cautelosamente. Bertina tuvo miedo y lanzó un grito. Tranquilizóse reconociendo á su padre.

—Me envían á ver si todo continúa igual.

—Todo igual.

Entonces el guarda lanzó en el silencio de la noche un silbido estridente y prolongado. Y pronto una masa obscura se adelantó entre los árboles: era la vanguardia, formada por diez hombres.

Zancos repetía sin cesar:

—No pasen por delante del tragaluz.

Y los primeros indicaron á los otros el tragaluz temible.

Al fin apareció el batallón en masa; doscientos

hombres, cada uno de los cuales llevaba doscientos cartuchos.

El comandante Lavigne, agitado, tembloroso, distribuyó sus fuerzas de modo que rodearan la casa, dejando libre solamente la parte donde aparecía el tragaluz á raíz del suelo.

Luego entró en la cocina, enterándose del número y actitud del enemigo; los alemanes guardaban tanto silencio, que se les hubiera podido creer escapados, evaporados por el tragaluz.

El comandante Lavigne golpeó con un pie sobre la trampilla de la cueva, gritando:

—¿Señor oficial prusiano?

El alemán no respondió.

El comandante repetía:

—¿Señor oficial prusiano?

Todo inútil. Durante veinte minutos, el comandante Lavigne invitó al sargento silencioso á que se rindiera con armas y bagajes, prometiendo respetar sus vidas y su honor militar. Pero no consiguió respuesta ni el menor signo de asentimiento ni de hostilidad. La situación se hacía cada vez más difícil.

Los milicianos andadan sobre la nieve pisando firme; se golpeaban los hombros con las manos, cruzando los brazos, como hacen los cocheros para calentarse, y mirando al tragaluz, sentían un deseo,

ardiente y pueril, de pasar por delante de él. Uno, llamado Potdevin, que era muy ligero, al cabo se decidió. Tomando carrera, pasó frente al tragaluz como un ciervo escapado. La intentona tuvo éxito; los prisioneros parecían muertos.

Una voz dijo:

—No hay nadie.

Y otro miliciano atravesó el espacio libre frente al tragaluz peligroso. Entonces muchos repitieron la prueba. Y á cada minuto un hombre decidido pasaba de un grupo á otro, como hacen los niños jugando al marro, y al correr levantaban salpicaduras de nieve: con tal presteza movían los pies. Habíanse dispuesto, para calentarse, grandes hogueras de ramas secas, y el perfil del miliciano que pasaba corriendo de uno á otro grupo, aparecía iluminado en su veloz carrera.

Uno gritó:

—A ti te toca, Maloison.

Maloison era un panadero muy gordo, cuyo abultado vientre hacía reir á sus camaradas.

Dudó. Le hicieron burla. Entonces, decidiéndose, avanzó á paso gimnástico, sacudiendo á cada impulso nuevo su enorme barriga.

Todos reían como locos. Y algunos gritaban para darle ánimos:

—¡Bravo! ¡Bravo, Maloison!

Había recorrido las dos terceras partes del trayecto, cuando un fogonazo rojo salió del tragaluz, una detonación estremeció el aire, y el panadero cayó de bruces lanzando un grito.

***

Nadie se acercó á socorrerle. Gimiendo, arrastrábase con dificultad sobre la nieve, y cuando llegó al fin del peligroso trayecto, se desmayó.

Tenía un balazo en la parte carnosa del muslo.

Pasados la sorpresa y el espanto, volvió á dominar la risa.

El comandante Lavigne apareció en la puerta de la casa. Ya tenía resuelto su plan de combate. Gritó con tono imperioso:

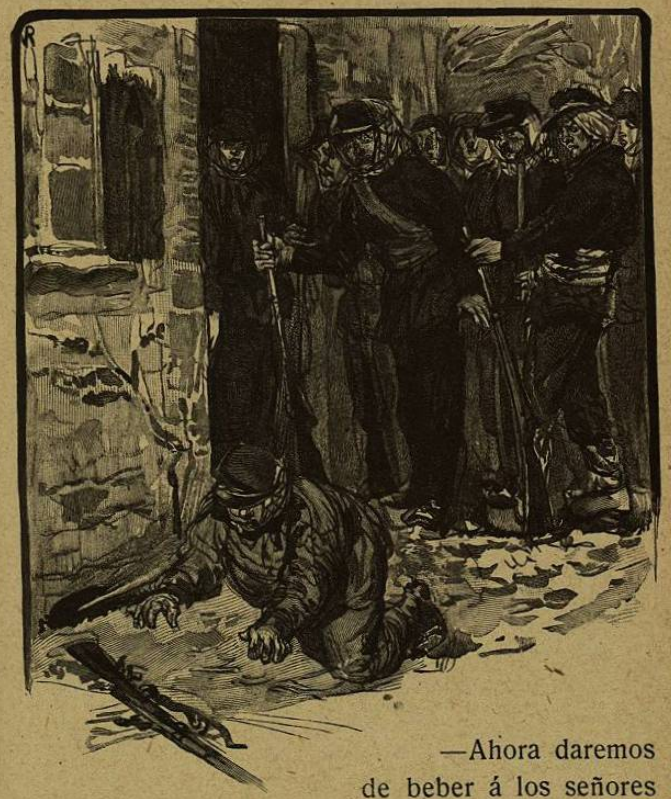
—El plomero Planchert y sus operarios.

Aproximáronse tres hombres.

—Arrancad los canalones.

En un cuarto de hora le llevaron más de veinte metros de canal.

Entonces, con mil precauciones prudentes, hizo abrir un barreno al borde de la trampilla, y poniendo en comunicación este agujero con la bomba por medio de los canalones, dijo, encantado con su invento:



—Ahora daremos de beber á los señores alemanes.

Un grito frenético de admiración estalló, seguido por aullidos alegres y risas descomunales. El comandante organizó pelotones de obreros que se re-

levaban de cinco en cinco minutos. Luego dió la voz de mando:

—¡Dadle á la bomba!

Y al impulso del volante subía el agua, corriendo por la canal después, y entrando en la cueva con un murmullo de cascada de jardín, al saltar de escalón en escalón.

Escucharon.

Pasó una hora; pasaron dos, tres.

El comandante paseaba por la cocina, febril aplicando al suelo una oreja de cuándo en cuándo, queriendo adivinar los movimientos del enemigo, esperando la capitulación.

El enemigo se agitaba ya. Oíasele remover las barricas, hablar, chapotear.

Al fin, hacia las ocho de la mañana, una voz salió del tragaluz.

—Quiero hablar al señor oficial francés.

Lavigne respondió desde la ventana, sin asomar demasiado la cabeza:

—¿Se rinden?

—Me rindo.

—Pues echen los fusiles por el tragaluz.

Uno á uno asomaron hasta seis fusiles, cayendo sobre la nieve. La mismo voz de antes dijo:

—Ya no hay más. De prisa, que me ahogo.

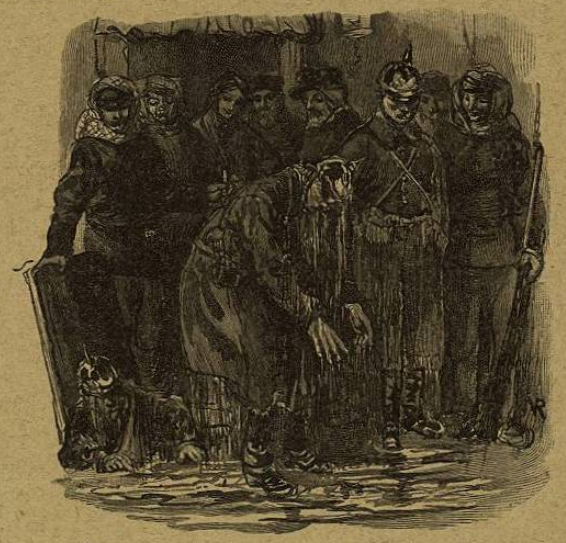
El comandante ordenó:

—¡Dejen la bomba! ¡No más agua!

El volante quedó al punto inmóvil.

Y después de llenarse la cocina de milicianos, arma al brazo, levantaron la trampilla.

Cuatro cabezas aparecieron de pronto; cuatro ca-



bezas rubias y después otras dos; uno tras otro salieron los seis alemanes, temblorosos, chorreando agua.

Los ataron en seguida codo con codo y luego, como si fuera de temer una sorpresa, formáronse

dos grupos, uno conduciendo á los prisioneros y otro llevando al herido Maloison sobre una colchoneta.

Entraron en Rethel triunfalmente.

«Por hacer la captura de una vanguardia prusiana», el comandante Lavigne fué condecorado, y el panadero recibió una cruz del Mérito Militar, «por haber recibido una herida frente al enemigo».

NUESTROS INGLESES

Un cuadernito yacía en el mullido asiento del vagón. Lo cogí hojeándolo con cierta curiosidad. Era un diario de viaje olvidado sin duda por su dueño.

Copio á continuación las tres últimas páginas.

. . . . . .

«*1.º de Febrero.*—Menton, capital de los tísicos; famosa por sus tubérculos pulmonares. En absoluto diferentes del tubérculo llamado patata, que vive y retoña en la tierra para servir de alimento al hombre y engordarlo: esa humana vegetación, adquiere desarrollo á expensas de la carne del hombre y á su vez alimenta y engrasa la tierra.

Dióme á conocer semejante definición, muy gráfica y algo científica, un sabio médico del país.

Busco un Hotel. Me indican el «*Gran Hotel de Rusia, de Inglaterra, de Alemania y de Holanda*».

Rindiendo culto á la inteligencia cosmopolita del fondista, me quedo en aquel hospital que me parece